

Roma, patentizan el gusto, la actividad y el poder de Adriano, que además era poeta, pintor y arquitecto. Su siglo fue el restaurador de las artes.

El destino del *Mole Adriani*, es en verdad harto singular: los adornos de este sepulcro sirvieron de armas contra los godos; pero aunque la civilización arrojó columnas y estatuas á la cabeza de hierro de la barbarie, no evitó que esta entrase en Roma. El mausoleo se transformó, andando el tiempo, en fortaleza papal, y también en cárcel, lo que no desmiente su primitivo destino. Los fastuosos edificios levantados sobre las cenizas del hombre, no ensanchan las proporciones del ataud: los muertos se asemejan en su sepulcro á la estatua sentada en un templo muy reducido de Adriano: si intentasen levantarse, romperían su frente en la bóveda.

Cuando Adriano subió al trono, dijo en alta voz á uno de sus enemigos: «¡Estás en salvo!» Magnánimas son estas palabras. Pero como es más fácil perdonar á la política que al genio, el envidioso Adriano dijo en su interior, al ver las obras maestras de Apolo: «¡Está perdido!» y el artista pereció.

No me alejé de aquellos famosos lugares sin llenar mis bolsillos de fragmentos de pórfido, de alabastro, de estuco pintado y de mosaicos; pero luego los arrojé.

Estas ruinas no existen ya para mí, pues es probable que no tornaré á recorrerlas. A cada paso dejamos de existir para un tiempo, para una cosa, para una persona que no hemos de volver á ver, pues la vida es una muerte sucesiva. Muchos viajeros, anteriores á mí, escribieron sus nombres en los rotos mármoles de la quinta Adriana, prometiéndose prolongar su existencia estampando en unos lugares célebres el sello de su paso: ¡cuánto se han equivocado! Mientras me esforzaba en leer uno de aquellos nombres, recién escritos con lápiz, y que creía reconocer, un ave emprendió su vuelo desde una enramada de yedra, y sacudiendo algunas gotas de la pasada lluvia, borró el orgulloso nombre.

Mañana visitaré la quinta de Este.

EL VATICANO.

He visitado el Vaticano á la una. El día era hermoso, brillante el sol, y la temperatura en extremo benigna.

¿Qué he visto? Solitarias y espaciosas escaleras, ó por mejor decir, rampas que pueden subirse á caballo; solitarias galerías adornadas de las obras maestras del genio, por donde los antiguos pasaban con todas sus pompas; solitarios salones, celebrados ó estudiados por tantos grandes artistas, admirados por tantos ilustres varones: el Taso, Ariosto, Montaigne, Milton, Montesquieu, reyes y reinas, poderosos ó caídos, y todos los peregrinos de todas las partes del mundo.

Pinturas: Dios desenmarañando el Caos.

El ángel que seguía á Loth y su mujer.

Una hermosa vista de Frascati, tomada desde una altura de Roma, en un ángulo de la galería.

En la entrada de las habitaciones: una batalla de Constantino, en la que se anegan el tirano y su caballo.

San Leon deteniendo á Atila. ¿Por qué dió Rafael un aire altivo y no religioso al grupo cristiano? Para expresar el sentimiento de la asistencia divina.

El Santísimo Sacramento, primera obra de Rafael: es un cuadro frío, sin piedad, pero su disposición y sus figuras son admirables.

Apolo, las Musas y los poetas. El carácter de estos está bien expresado.

Heliodoro expulsado del templo.—Un ángel digno

de atención, y una figura de mujer celestial, imitada por Girodet en su Osian.

El incendio del barrio.—La mujer que lleva un vaso: copiado sin cesar. Contraste del hombre ahorcado y de otro que intenta alcanzar un niño: el arte se deja ver demasiado. La mujer y el niño han sido pintados mil veces, y siempre con maestría, por Rafael.

La escuela de Atenas.—Efecto de las tres luces, citado en todas partes.

Biblioteca. Su puerta es de hierro, y está erizada de puntas: ¡tal es la puerta de la ciencia! Por armas de un papa, tres abejas: símbolo ingenioso.

Un magnífico bajel y unos libros sellados. Si se franquease su lectura, pudiera escribirse aquí toda la historia moderna.

Museo cristiano. Instrumentos de martirio: garfios de hierro para desgarrar las carnes, rascadores para arrancarlas, martinetes de hierro y tenazas: ¡hermosas antigüedades cristianas! ¿Cómo se padecía en otro tiempo? Como hoy, pues así lo atestiguan estos instrumentos. En punto á doleres, la especie humana permanece estacionaria.

Diferentes lámparas encontradas en las catacumbas. El Cristianismo empezó en un sepulcro; de la lámpara de la muerte brotó la luz que ha iluminado el mundo.

—Antiguos cálices, cruces, y cucharillas para administrar la Comunión.—Algunos cuadros traídos de Grecia, para salvarlos del encono de los Iconoclastas.

Antigua imagen de Jesucristo, copiada despues para los pintores, y cuya fecha no puede ser anterior al siglo viii. ¿Era Jesucristo el mas hermoso de los hombres, ó era feo? Los Padres griegos y los latinos abrigaban diferente opinion; mas yo me inclino á creer que era hermoso.

Donativo hecho á la Iglesia en papiro: el mundo vuelve á empezar aquí.

Museo antiguo. Una cabellera de mujer hallada en un sepulcro. ¿Era la de la madre de los Gracos, ó la de Delia, Cintia, Lálage ó Licinia, de la cual, Meceñas, si hemos de dar crédito á Horacio, no hubiera cambiado un solo cabello por toda la opulencia de un rey de Frigia?

Aut pinguis Phrygiæ Mygdonias opes
Permutare velis crine Lyciniæ?

Si hay algo que envuelva la idea de la fragilidad son los cabellos de una jóven, que fueron tal vez objeto de la idolatría de la mas versátil pasión, y no obstante han sobrevivido al imperio romanc. La muerte, que rompe todas las cadenas, no ha podido romper el leve tejido de un cabello.

Una hermosa columna de alabastro.—Un sudario de amianto sacado de un sarcófago; la muerte no ha dejado de devorar su presa en este sudario.—Un vaso etrusco. ¿Quién ha bebido en esta copa? Un muerto. Todo, en este museo, es tesoro del sepulcro, bien haya servido á los ritos fúnebres, bien haya pertenecido á las funciones de la vida.

EL MUSEO CAPITOLINO.

2 de diciembre de 1803.

La Columna Miliaria. *En el patio* se ven los piés y la cabeza de un coloso.

En el Senado: algunos nombres de modernos senadores. Una loba herida por el rayo; ánades del Capitolio.

Antiguas medidas de trigo, de aceite y vino, en forma de altar, con cabezas de leon.

Varias pinturas que representan los principales acontecimientos de la república romana.

Una estatua de Virgilio: su aspecto es rústico y melancólico; su frente grave, sus ojos inspirados, y las arrugas circulares que parten de las ventanas de la nariz, terminan en la barba, comprendiendo las mejillas.

Ciceron: brillan en su rostro cierta regularidad y expresión de ligereza, menos fuerza de carácter que de filosofía, y tanto talento como elocuencia.

El Alcibiades no ha excitado mi atención por su hermosura, pues tiene cierto aire de necedad y estolidez.

Un jóven Mitridates que se parece á un Alejandro. Fastos consulares, antiguos y modernos.

Un sarcófago de Alejandro Severo y su madre. Un bajo-relieve de Júpiter, niño aun, en la isla de Creta. Es una obra admirable.

Una columna de alabastro oriental; la mas hermosa que se conoce.

Un plano antiguo de Roma sobre mármol, que revela la perpetuidad de la Ciudad eterna.

Bustos: el de Aristóteles: adviértese en él un sello de inteligencia y fuerza.

El de Caracalla; sus ojos contraídos; nariz y boca puntiagudos; aire feroz y como de locura.

El de Domiciano: labios apretados.

El de Neron: semblante redondo y ojos hundidos, de manera que la frente y la barba son prominentes; aspecto de un esclavo griego disoluto.

Los de Agripina y Germánico: el rostro de este es largo y enjuto; el de aquella, grave.

El de Juliano: frente pequeña y estrecha.

El de Marco Aurelio: frente espaciosa, y ademan de mirar al cielo.

El de Vitelio: nariz gruesa; labios delgados; mejillas abultadas; ojos pequeños y cabeza un tanto deprimida.

El de César: rostro delgado; todas las arrugas profundas; aire de privilegiada inteligencia; frente prominente entre los ojos, como si la piel estuviese agrupada y cortada por una arruga perpendicular; cejas bajas y casi en contacto con los ojos; boca grande y muy expresiva; créese que va á hablar, y casi sonríe; nariz saliente, pero no tan aguileña como se le pinta ordinariamente; mejillas aplastadas como las de Bonaparte; casi no tiene occipucio; barba redonda y doble; ventanas de la nariz un poco cerradas; aire de imaginación y genio.

Un bajo-relieve, que representa á Endimion que duerme sentado en un peñasco; cabeza inclinada sobre el pecho, y un poco sobre el asta de su lanza, que descansa en su hombro izquierdo; la mano de este lado, indolentemente tendida sobre la lanza, sostiene apenas la correa de un perro, que sentado sobre sus patas traseras, extiende su vista mas allá del peñasco (1). Este es uno de los mas hermosos relieves conocidos.

Desde las ventanas del Capitolio se descubren el Foro, los templos de la Fortuna y la Concordia, las dos columnas de Júpiter Estator, los Rostros, el templo de Faustino, el del Sol, el de la Paz, las ruinas del palacio dorado de Neron, las del Coliseo, los arcos de triunfo de Tito, de Séptimo Severo y de Constantino; vasto cementerio, en que están escritas las fechas de la muerte de los siglos, en sus respectivos monumentos fúnebres!

LA GALERIA DORIA.

Un gran paisaje; diferentes vistas de Nápoles, y la fachada de un templo ruinoso en un campo: de Gaspar Pusin.

(1) Tal es la actitud en que pintó á Eudoro en los *Mártires*.

La cascada de Tívoli y el templo de la Sibila.

Un paisaje de Claudio de Lorena y una fuga á Egipto, del mismo: la Virgen, detenida á la entrada de un bosque, tiene al Niño en sus rodillas; un ángel presenta viandas al Niño, y San José quita la albarda al jumentillo; descúbrense en último término un puente por el cual pasan algunos camellos y sus guías, y un horizonte en que apenas se diseñan los edificios de una gran ciudad; la calma y la luz de este cuadro son admirables.

Otros dos pequeños paisajes de Claudio de Lorena, uno de los cuales representa una especie de matrimonio patriarcal en un bosque; es acaso la obra mas acabada de este gran pintor.

Una fuga á Egipto, de Nicolás Pusin: la Virgen y el Niño, montando un asno guiado por un ángel, bajan de una colina á un bosque, y San José sigue la humilde cabalgadura; el movimiento del viento está indicado en las ropas y los árboles.

Muchos paisajes del Dominiquino: los coloridos son vivos y brillantes, y los asuntos risueños; pero en lo general su tono es duro, y su luz poco vaporosa, poco ideal. Cosa extraña es que los ojos franceses sean los que mejor han visto la luz de Italia.

Un paisaje de Anibal Carraccio: está lleno de verdad, pero carece de elevación de estilo.

Diana y Endimion, de Rubens: la idea es feliz. Endimion duerme casi en la misma actitud del bajo-relieve del Capitolio, mientras Diana, suspensa en los aires, apoya ligeramente una mano en un hombro del cazador, para darle un beso sin interrumpir su sueño; la mano de la diosa de la noche es de la blancura de la luna, y su cabeza se distingue poco del azul del firmamento. El conjunto está dibujado con suma corrección; pero cuando Rubens dibuja bien, pinta mal; este gran colorista perdía su paleta cuando encontraba su lápiz.

Dos cabezas, por Rafael; los cuatro Avaros, por Alberto Durier; el Tiempo arrancando las plumas de las alas del Amor; es del Ticiano ó del Albano: la alegoría es feliz, pero la ejecución es fria y amanerada, si bien las carnes tienen todo el colorido de la vida.

Unas bodas aldobrandinas, copia de Nicolás Pusin; véñese en ellas diez figuras, que forman en un mismo término dos grupos de tres y otro de cuatro figuras. El fondo representa una especie de bombo de color oscuro hasta la altura del pecho; los ademanes y el dibujo participan de la sencillez de la escultura; parece un bajo-relieve. En este cuadro no hay riqueza de fondo, ni detalles, ni ropas, ni muebles, ni árboles, ni accesorio alguno; sólo figuran en él los personajes, naturalmente agrupados.

PASEO POR ROMA AL RESPLANDOR

DE LA LUNA.

24 de diciembre de 1803.

Los campanarios y los edificios lejanos parecen desde lo alto de la Trinidad del Monte los bosquejos borrados de un pintor, ó unas costas desiguales vistas desde el mar á bordo de un bajel.

Sombra del Obelisco: ¿cuántos hombres han visto tu sombra en Egipto y Roma?

La Trinidad del Monte está desierta; un perro ladra en este retiro francés, y se divisa una luz en el piso mas alto de la quinta de Médicis.

Los edificios del Estadio se muestran blancos y en calma, y sus sombras transversales se destacan con fuerza. En la plaza de la Columna, la de Antonino se muestra medio iluminada.

El Panteon ostenta su hermosura, y el Coliseo su grandeza y silencio á la luz de la luna.

El efecto de este astro es magnífico en San Pedro, en el Vaticano, en el Obelisco, en las dos fuentes, y en la columnata circular.

Una jóven mendiga me pide limosna con la cabeza envuelta en su saya; la *poverina*, hermosa como una

madona, ha sabido elegir el tiempo y el lugar; si yo fuese Rafael, la pintaria en un cuadro. El romano pide cuando desfallece de hambre, mas no importuna si se le despide; y á semejanza de sus antepasados, nada hace para ganarse el sustento, siendo preciso que le alimente su senado ó su príncipe.

Roma duerme en medio de estas ruinas. El astro de



CARRETA DE LA LOMBARDIA.

la noche, que algunos suponen ser un mundo infinito y despoblado, pasea sus pálidas soledades sobre las de Roma, alumbrando calles sin habitantes, cercas, plazas y jardines por donde nadie pasa, monasterios donde ya no se escucha la voz de los ce-

nobitas, y claustros tan desiertos como los pórticos del Coliseo.

¿Qué pasaba há diez y ocho siglos á estas horas, en estos mismos lugares? No solo ha dejado de existir la antigua Italia, sino que la de la edad media ha desa-

parecido tambien. No obstante, la huella de estas dos Italias está aun bien marcada en Roma: si la Roma moderna ostenta su San Pedro y todas sus obras maestras, la Roma antigua le opone su Panteon y todos sus despojos; si una hace bajar del Capitolio sus cónsules y sus emperadores, la otra hace salir del Vaticano la

dilatada serie de sus pontífices. El Tiber separa entrambas glorias: sentadas sobre un mismo polvo, Roma pagana se abisma por momentos en sus sepulcros, al paso que la Roma cristiana vuelve á bajar lentamente á las catacumbas de que saliera.

Tengo en mi cabeza el asunto de una veintena de



PESCADORES NAPOLITANOS.

cartas acerca de la Italia, que quizá verian la luz si consiguiese expresar mis ideas tales como las concibo; pero los dias huyen y me falta el descanso. Me asemejo al viajero que precisado á partir mañana, ha enviado delante de sí sus equipajes. Los equipajes del hombre son sus ilusiones y sus años: y entrega á cada mi-

nuto una parte de ellos al que la Escritura apellida *rápido correo*: el Tiempo (1).

(1) De esta veintena de cartas solo he escrito una, la relativa á Roma, á Mr. de Fontanes. Los varios fragmentos que acaban de leerse, y los que vendrán despues, debian constituir el texto de otras cartas; pero descritas Roma y Nápoles

NÁPOLES.

Terracina, 31 de diciembre.

Ved aquí los equipajes, las cosas y los objetos que se encuentran en tropel en las calles de Italia: ingleses y rusos que viajan con gran gasto en cómodas berlinas, con todas las costumbres y preocupaciones nacionales; muchas familias italianas que transitan en vetustas calesas, para trasladarse económicamente á las vendimias; muchos frailes á pié, que llevan de la brida á una mula recia cargada de reliquias; labradores que conducen carretas tiradas por grandes bueyes, y llevan una efigie de la Virgen colocada en el timon á la extremidad de un palo; aldeanas veladas ó con los cabellos diestramente trenzados y adornadas con airosos guardapiés de vivos colores, justillos abiertos por el pecho y atacados con cintas, y collares y brazaletes de mariscos; carros tirados por mulas engalanadas con campanillas, plumas y mantillas encarnadas; barcas, puentes y molinos; multitud de asnos, cabras y carneros; alquiladores de coches y caballos para los viajeros; correos con la cabeza cubierta con una red, como los españoles; muchachos completamente desnudos; peregrinos, mendigos, penitentes blancos y negros; militares dando vaivenes en malos carricoches; escuadras de gendarmes, y ancianos mezclados con las mujeres. Todo este conjunto respiraba un aire de alegría y benevolencia suma, pero era mayor aun la curiosidad que en él se descubria: todos se seguian con la vista, como queriendo hablarse, mas nadie se decia una palabra.

A las diez de la noche.

He abierto la ventana de mi habitacion: las olas vienen á estrellarse al pié de las paredes del albergue. Nunca examino el mar sin un movimiento de júbilo, y casi de ternura.

Gaeta, 1^o de enero de 1804.

¡ Otro año ha trascurrido!

Al salir de Fondi saludé al primer vergel cubierto de naranjos que encontré: aquellos hermosos árboles estaban tan cargados de maduros frutos, como pudieran estarlo los manzanos mas fecundos de la Normandía. Trazo estas pocas palabras en Gaeta, en un balcon á las cuatro de la tarde, con un sol soberbio y en presencia del mismo mar. Aquí murió Cicerón, en aquella patria, como él mismo dice, que habia salvado: *Moriar in patria sæpe servata*. Ciceron fue muerto por un hombre á quien habia defendido en otro tiempo; ingratitud en que abunda la historia. Antonio recibió en el Foro la cabeza y las manos de Ciceron, y dió una corona de oro y una suma de 200,000 libras al asesino; pero esto no bastaba al hecho, y la cabeza fue elevada en la tribuna pública entre las dos manos del orador. En tiempo de Neron se elogiaba mucho á Ciceron, pero en el de Augusto nada se hablaba de él. La causa de esta anomalía aparente era, que en tiempo de Neron el crimen se habia perfeccionado, y los antiguos asesinatos del divino Augusto eran vaguetas, ensayos, y casi el tiempo de la inocencia comparado con las nuevas infamias. Además de esto, se estaba ya muy lejos de los tiempos de libertad; se ignoraba ya lo que habia sido: ¿ los esclavos que asistían á los juegos del Circo, iban á entusiasmarse con los ensueños de los Catones y los Brutos? Los retóricos podian muy bien, en el lleno de la servidumbre, alabar al aldeano de Arpinum. Neron mismo hubiera

en el cuarto y quinto libro de los *Mártires*, solo resta de cuanto pensaba decir acerca de Italia, la parte histórica y política.

sido hombre capaz de propagar arengas acerca de la excelencia de la libertad, y si el pueblo romano se hubiese dormido, como era de esperar, durante sus peroratas, su señor, autorizado por la costumbre, le hubiera hecho despertar á fuerza de palos para obligarle á aplaudir.

Nápoles, 2 de enero.

El duque de Anjou, rey de Nápoles y hermano de San Luis, hizo matar á Coradino, legítimo heredero de la corona de Sicilia. Coradino desde lo alto del dalso arrojó su guante á la multitud: ¿ quién le recogió? Luis XVI, descendiente de S. Luis.

El reino de las Dos Sicilias tiene alguna cosa de extraño para la Italia; griego bajo los antiguos romanos, ha sido sarraceno, normando, alemán, francés y español en los tiempos modernos.

La Italia de la edad media, era la Italia de las dos grandes facciones de Guelfos y Gibelinos, la Italia de las rivalidades republicanas y de las pequeñas tiranías, época en que solo se oye hablar de crímenes y libertad; entonces todo se ejecutaba con la punta del puñal. Las aventuras de aquella Italia participan del carácter romancesco: ¿ quién no ha oido hablar de Ugolino, Francisca de Rimini, Romeo y Julieta, y Otelo? Los duxes de Génova y de Venecia, los príncipes de Verona, de Ferrara y de Milan, los guerreros, los navegantes, los escritores, los artistas, los mercaderes de aquella Italia, eran hombres de genio: Grimaldi, Frigoso, Adorni, Dandolo, Marin, Zeno, Morosini, Gradenigo, Scaligieri, Visconti, Doria, Trivulce, Spinola, Zeno, Pisani, Cristóbal Colon, Américo Vesputio, Gabato, el Dante, Petrarca, Bocacho, Ariosto, Maquiavelo, Cardan, Pomponace, Achillini, Erasmo, Policiano, Miguel-Angel, Perugino, Rafael, Julio Romano, Dominiquino, Ticiano, Caragio y los Medicis; pero á pesar de esto, no se ve ni un caballero, ni nada de la Europa Transalpina.

En Nápoles, al contrario, la caballería se une al carácter italiano, y las proezas á las conmociones populares; Tancredo y el Taso, Juan de Nápoles y el buen rey René, que no reinó, las Visperas Sicilianas, Masanielo y el último duque de Guisa: hé aquí las Dos Sicilias. El sopro de la Grecia viene así á espirar en Nápoles; Atenas ha prolongado sus fronteras hasta Paestum: sus templos y sus tumbas forman una faja crepuscular al extremo del horizonte de un cielo encantador.

No he admirado á Nápoles sino cuando estuve en él: desde Cápua y sus deliciosos campos hasta aquí, el país es fértil, pero poco pintoresco, y se entra en Nápoles, casi sin verlo, por un camino quebrado. (1)

8 de enero de 1804.

He visitado el Museo.

Por toda riqueza existe una estatua de Hércules, de que hay dos copias, y representa al dios en reposo, apoyado en el tronco de un árbol: hay ligereza en la clava; una Venus, en la que se admira la belleza de las formas, y el busto de Escipion el Africano.

¿ Por qué la escultura antigua es superior (2) á la

(1) Púedese si se quiere, abandonar la antigua ruta, pues desde la última dominacion francesa se ha practicado otra entrada trazando un hermoso camino al redor de la colina del Pausilipo.

(2) Esta asercion, cierta en general, admite sin embargo, bastantes excepciones. La estatuaria antigua en nada supera á las cariatides de Louvre de Juan Goujon. Diariamente tenemos á la vista aquellas obras maestras y sin embargo no fijamos la atencion en ellas. El Apolo ha sido mucho mas elogiado: los méropes del Partenon son los únicos que representan en toda su perfeccion la escultura griega. Lo que he dicho de las artes en el *Genio del Cristianismo* está desmentido con frecuencia. En aquella época no habia visitado aun la Italia, la Grecia, ni el Egipto.

moderna, al paso que la pintura moderna es verosímilmente superior ó por lo menos igual á la antigua?

En cuanto á la escultura, pienso:

Que los hábitos y costumbres de los antiguos eran mas graves que los nuestros, y sus pasiones menos turbulentas. Ahora bien: la escultura que rechaza los matices débiles y los movimientos inapreciables, se acomodaba mejor al continente tranquilo y seria fisonomia de los griegos y romanos.

Además, los ropajes antiguos descubrian en parte la desnudez, y esta desnudez estaba siempre á los ojos de los artistas, al paso que hoy solo ocasionalmente se ofrece á las miradas del escultor moderno: en una palabra las formas humanas eran mas bellas.

Respecto á la pintura, diré:

Que admite mucho movimiento en las actitudes; y por consecuencia, cuando la *maneras* desgraciadamente son sensibles, perjudican menos á los grandes efectos del pincel.

Las reglas de la perspectiva, que apenas tienen aplicacion á la escultura, son mucho mejor entendidas por los modernos que lo eran por los antiguos; además, en la actualidad se conocen mas colores, restando solo saber si son mas vivos y puros.

En mi revista al Museo, he admirado la madre de Rafael pintada por su hijo: bella y sencilla, se asemeja un poco al mismo Rafael, como las Virgenes de aquel genio divino se parecen á los ángeles.

Miguel-Angel pintado por él mismo, llamó tambien mi atencion, así como Armida y Reinaldo, escena propia de un espejo mágico.

POUZOLO Y LA SOLFATARA.

4 de enero.

En Pouzolo he examinado el templo de las Ninfas y la casa de Ciceron, que llamaba la *Puteolane*, y en la que escribié muchas veces á Atico y compuso tal vez su segunda Filípica. Esta quinta, edificada segun el plano de la Academia de Atenas, y embellecida despues por Vetus, se convirtió mas tarde en palacio en tiempo del emperador Adriano, que murió en ella pronunciando aquellas célebres palabras de despedida á su alma:

Animula vagula, blandula,
Hospes comesque corporis, etc.

Tambien quiso se pusiese en su tumba que habia sido asesinado por los médicos:

Turba medicorum regem interfecit.

La ciencia ha progresado.

En aquella época, todos los hombres de mérito eran filósofos, aunque no cristianos.

Desde el Pórtico se gozaba del espectáculo mas bello: un pequeño vergel que ocupa hoy la casa de Ciceron; mas allá el templo de Neptuno y unas tumbas, despues la Solfatara, inmenso campo cubierto de azufre; el ruido de las fuentes de agua hirviendo, pudiera representar para los poetas el rumor del Tártaro, y cerrando el círculo, la vista del golfo de Nápoles, cabo dibujado por la luz del crepúsculo vespertino, de que parecian ser un reflejo el Vesuvio y el Apenino, acordes armónicos de aquellos fuegos celestes. El vapor diáfano que se extendia por la superficie de las aguas y una parte de la montaña; la blancura de las velas de los barcos que entraban en el puerto; la isla de Caprea en lontananza; la montaña de las Camáldulas con su convento y su bosque coronando á Nápoles, contrastaban admirablemente con la Solfatara. Un francés habita la isla donde se retiró

Bruto. Gruta de Esculapio. Tumba de Virgilio, desde donde se divisa la cuna del Taso.

EL VESUVIO.

5 de enero de 1804.

Hoy 5 de enero he salido de Nápoles á las siete de la mañana, y me encaminé á Portici. El sol se habia desembarazado de las nubes que ocultaban su aparicion, pero la frente del Vesuvio permanecía velada por una densa niebla. Escogí un *cicerone* que me condujera al cráter del volcan, y cabalgando cada uno en su mula, nos pusimos en marcha.

Comencé á subir por un camino bastante ancho practicado entre dos viñedos plantados de álamos. Marchaba directamente á las regiones del naciente invierno. Un poco mas arriba de los vapores suspendidos en la region media del aire, descubrí la copa de algunos árboles: eran los pequeños olmos de la ermita. Descubriáanse á derecha é izquierda algunas miserables habitaciones de viñadores, campeando en medio de las ricas cepas del *Lacryma-Christi*, pero el resto solo ofrecia á la vista del observador una tierra abrasada, vides despojadas entrelazándose con los pinos en forma de parasol, algunos aloes cercando las propiedades, é innumerables piedras rodadas, pero ni un ave.

Llegado á la primera esplanada de la montaña, una llanura árida y desprovista de vegetacion se desplegó á mi vista. A través de aquella desnudez se creen descubrir las dos cabezas del Vesuvio, á la izquierda la Somma y á la derecha la boca actual del volcan, perdidas ambas entre pálidas nubes. Avancé mas, y por un lado ví la Somma que se perdía entre las simas, y por otro empecé á distinguir las sinuosidades practicadas en el cono del volcan que iba á hollar muy pronto. La lava de 1766 y 1769 cubria el plano sobre que marchaba, desierto humeante, donde las lavas arrojadas como escorias de forjador, destacan sobre un fondo negro el color blanquecino de su espuma semejante á las heces desecadas.

Siguiendo el camino por la izquierda y dejando á la derecha el cono del volcan, llegué á la falda de una colina ó mas bien muro formado por la lava que ha hecho desaparecer de la vista el Herculano. Esta especie de muralla, plantada de viñas en la faja que la une al llano, ofrece á su espalda un vallado profundo en el que crece un monte tallar, en el cual se deja sentir un frio intenso.

Subí aquella colina para ir á la ermita que se descubre al lado opuesto. Allí el cielo disminuye su elevacion y las nubes vuelan sobre la tierra á manera de una humareda gris, ó como se esparcen y huyen las cenizas arrojadas al viento, uniéndose á este espectáculo melancólico el sordo murmullo de los arbolillos de la ermita.

El eremita se adelantó á mi encuentro y tomándola brida de mi mula eché pié á tierra. Este solitario, hombre de buen aspecto y de una fisonomia franca, me hizo entrar en su celda, y disponiendo una refraccion, me sirvió pan, manzanas y huevos. Sentóse en frente de mí, y con los codos apoyados en la mesa departió tranquilamente durante mi desayuno. Las nubes se habian cerrado de tal suerte por todo el horizonte, que circundándonos densamente, nos imposibilitaban distinguir ningun objeto desde la ventana de la ermita. Oíase solo en aquel vaporoso abismo el ronco silbido del viento y el rumor lejano de la mar azotando las costas de Herculano; ¡ escena pacífica de la hospitalidad cristiana, representada en una reducida celda, al pié de un volcan y en medio de una tempestad!

El ermitaño me presentó el libro donde los extranjeros acostumbran anotar algun pasaje de su vida,